

GUY DE MAUPASSANT

A Pol Arnault

La vida tan breve, tan larga, a veces resulta insoportable. Transcurre monótona, con la muerte al final. No es posible detenerla, ni cambiarla, ni comprenderla. Y a menudo nos subleva la indignación ante la impotencia de nuestros esfuerzos. Hagamos lo que hagamos morimos. Creamos lo que creamos, pensemos lo que pensemos, intentemos lo que intentemos, morimos. Y nos parece que vamos a morir mañana sin conocer nada aún, aunque asqueados de todo lo que ya conocemos. Entonces nos sentimos abrumados por el sentimiento de la “eterna miseria de todo”, de la impotencia humana y de la monotonía de las acciones.

Nos despertamos, andamos, nos acodamos en nuestras ventanas. Enfrente unos almuerzan, como almorzaron ayer, como almorzarán mañana: el padre, la madre, cuatro niños. Hace tres años la abuela aún vivía con ellos. Ya no está. El padre ha cambiado mucho desde que somos vecinos. No se da cuenta; parece contento; parece feliz. ¡Qué imbécil!

Hablan de un matrimonio, después de un fallecimiento, después de lo tierno que está su pollo, después de su criada que no es honesta. Les inquietan mil cosas inútiles y tontas. ¡Qué imbéciles!

Ver su apartamento, en el que viven desde hace dieciocho años, me asquea y me indigna. ¡Eso es la vida! Cuatro paredes, dos puertas, una ventana, una cama, sillas, una mesa, eso es todo. ¡Una cárcel, una cárcel! Cualquier lugar donde habitamos mucho tiempo se convierte en una cárcel. ¡Oh, huir, partir! Huir de los lugares conocidos, de los hombres, de los mismos movimientos a las mismas horas y, sobre todo, de los mismos pensamientos.

Cuando estamos hastiados, hastiados hasta el punto de llorar de la mañana a la noche, hastiados hasta el punto de no tener fuerzas para levantarnos a beber un vaso de agua, hastiados de los rostros amigos que acaban resultándonos irritantes a fuerza de verlos demasiado a menudo, de los vecinos odiosos y de los amables, de las cosas familiares y monótonas, de nuestra casa, de nuestra calle, de nuestra criada que viene a decirnos: «¿qué desea el señor para cenar?», y que se marcha dejando ver a cada paso, con un inmundo talonazo, el borde deshilachado de su falda sucia, hastiados de nuestro perro tan fiel, de las manchas inmutables de las colgaduras, de la regularidad de las comidas, de dormir en la misma cama, de cada una de las acciones repetidas cada día, hastiados de nosotros mismos, de nuestra propia voz, de las cosas que repetimos sin parar, del estrecho círculo de nuestras ideas, hastiados de nuestro rostro en el espejo, de la cara que ponemos al afeitarnos, al peinarnos, hay que partir, adentrarse en una vida nueva y cambiante.

BAJO EL SOL

El viaje es una especie de puerta por donde se sale de la realidad conocida para penetrar en una realidad inexplorada que parece un sueño.

¡Una estación! ¡Un puerto! ¡Un tren que silba y escupe su primer chorro de vapor! Un gran buque que pasa por los espigones lentamente, pero cuyo vientre jadea de impaciencia y que desaparecerá en el horizonte, rumbo a países nuevos. ¿Quién puede observar todo esto sin estremecerse de envidia, sin sentir despertar en su alma el ansia de largos viajes?

Siempre soñamos con un país predilecto, para unos es Suecia, para otros la India; para el de más acá es Grecia y para el de más allá Japón. Yo me sentía atraído por África con una necesidad imperiosa, con una nostalgia del desierto ignorado, como si se tratase del presentimiento de una pasión por nacer.

Salí de París el 6 de julio de 1881. Quería ver aquella tierra de sol y de arena en pleno verano, bajo el pesado calor, bajo la cegadora furia de la luz. Todo el mundo conoce los magníficos versos del gran poeta Leconte de Lisle:

Mediodía, rey de los veranos, extendido sobre el llano,
Cae, en capas de plata, de las alturas del cielo azul.
Todo queda en silencio. El aire arde y abrasa sin aliento;
La tierra está adormecida en sus ropas de fuego.

Es el mediodía del desierto, el mediodía esparcido por el mar de arena inmóvil e ilimitada, el que me ha hecho abandonar las orillas florecidas del Sena a las que canta la señora Deshoulières, y los frescos baños de la mañana, y la sombra verde de los bosques, para atravesar las soledades ardientes.

Otra razón daba a Argelia una atractivo particular. El escurridizo Bouamama dirigía aquella campaña fantástica que llevó a decir, escribir y cometer tantas tonterías. Se afirmaba también que la población musulmana preparaba una insurrección general, que iba a emprender una última tentativa, y que tan pronto como terminara el ramadán estallarían la guerra de golpe por toda Argelia. Me daba mucha curiosidad ver al árabe en ese momento, intentar comprender su alma, que no parecía inquietar demasiado a los colonizadores.

Flaubert dijo en alguna oportunidad: «Podemos hacernos una idea del desierto, de las pirámides, de la Esfinge, antes de haberlas visto; pero lo que no podemos imaginar en absoluto es la cabeza de un barbero turco en cuclillas delante de su puerta».

¿Acaso no sería aún más interesante saber qué pasa en el interior de esa cabeza?

GUY DE MAUPASSANT

[...]

¡Magia inesperada que encanta el espíritu! Argel supera mis expectativas. ¡Qué bonita es, bajo el sol cegador, la ciudad de nieve! Una inmensa terraza bordea el puerto, sostenida por una elegante arcada. Por encima se alzan los grandes hoteles europeos y el barrio francés y, aún más arriba, escalonada, la ciudad árabe, en un amontonamiento de casitas blancas, extrañas, enredadas unas con otras, separadas por calles que parecen túneles con luz. El nivel superior se sostiene por una hilera de pilares pintados de blanco; los tejados se tocan. Hay pendientes bruscas en rincones habitados, escaleras misteriosas que conducen a viviendas que parecen madrigueras llenas de familias árabes bulliciosas. Pasa una mujer, grave y con velo, con los tobillos desnudos, poco turbadores, ennegrecidos por el polvo mezclado con el sudor.

Desde la punta del espigón la vista sobre la ciudad es maravillosa. Observamos, extasiados, la cascada brillante de casas que se abalanzan unas sobre otras desde lo alto de la montaña hasta el mar. Se diría que es la espuma de un torrente, espuma de una blancura tremenda; y, de vez en cuando, como un hervor en aumento, una mezquita resplandeciente bajo el sol.

Por todas partes hormiguea una población asombrosa. Innumerables mendigos, vestidos con una simple camisa, o con dos alfombras cosidas a modo de casulla, o con un saco viejo con agujeros para la cabeza y los brazos, siempre las piernas y los pies desnudos, van, vienen, se insultan, se pelean, verminosos, harapientos, embadurnados de basura y apestando a animal.

Tartarín diría que huelen a “teur” (turco) y por aquí huele a *teur* en todas partes.

Además hay todo un mundo de críos de piel oscura, mezcla de bereber, de árabe, de negro y de blanco, un hormiguero de limpiabotas, molestos como moscas, audaces y saltarines, resabiados a los tres años, pícaros como los monos, que nos insultan en árabe y nos persiguen en francés con sus eternos «cié mosieü». Nos tutean y los tuteamos. Por lo demás, aquí todo el mundo se tutea. El cochero que paramos en la calle nos pregunta: «Dónde te llevaré». Señalo a los cocheros parisinos, que abusan de la familiaridad, este uso.

El mismo día de mi llegada vi un pequeño hecho sin importancia y que sin embargo resume más o menos la historia de Argelia y de la colonización.

Me encontraba sentado en la terraza de un café cuando un joven moruno se apropió, por la fuerza, de mis pies y se puso a embetunarme los zapatos con una energía furiosa. Después de haber frotado durante un cuarto de hora y de haber dejado el cuero de mis botines más brillante que un espejo, le di dos perras. Dijo «méci mosieü», pero no se levantó. Permaneció en cuclillas entre mis piernas, completamente inmóvil,

BAJO EL SOL

moviendo los ojos como si estuviera enfermo. Le dije: «Vamos vete, morito». Él siguió sin responder, no rechistó, y luego, de pronto, agarrando a pulso su caja de betunes, huyó a toda prisa. Y entonces vi a un negro robusto de dieciséis años que salía de una puerta donde se había ocultado y se lanzaba sobre mi limpiabotas. En unos pocos brincos lo alcanzó, después lo golpeó, lo cacheó, le arrebató las dos perras que se metió en el bolsillo y se fue tranquilamente riendo, mientras el infeliz desvalijado gemía de un modo espantoso.

Yo estaba indignado. Mi vecino de mesa, un oficial de África, un amigo, me dijo: «Déjelo correr, así se establecen las jerarquías. Mientras no son lo suficientemente fuertes como para quedarse con las perras de los otros limpian botas. Pero en cuanto se sienten en condiciones de saquear a los más pequeños, ya no hacen nada. Acechan a los limpiabotas y los desvalijan». Y después mi compañero añadió riendo: «Aquí casi todo el mundo funciona así».

El cuartel europeo de Argelia, hermoso de lejos, tiene de cerca un aspecto de ciudad nueva crecida en un clima que no le conviene nada. Al desembarcar, un largo estandarte atrae la mirada: “Skating-Rink argelino”; y desde los primeros pasos nos embarga, nos estorba, la sensación de que en este país el progreso se ha impuesto de un modo muy torpe, de que la civilización resulta brutal, mal adaptada a las costumbres, al cielo y a las gentes. Somos nosotros los que tenemos aspecto de bárbaros en medio de aquellos bárbaros, que son unos brutos, es cierto, pero a fin de cuentas están en sus casas y los siglos les han enseñado costumbres cuyo sentido todavía no parecemos haber comprendido.

Napoleón III dijo unas palabras sabias (tal vez se las sopló un ministro): «Lo que necesita Argelia no son conquistadores sino iniciadores». Pero nosotros seguimos siendo brutales conquistadores, torpes, orgullosos de nuestras ideas preconcebidas. Nuestras costumbres impuestas, nuestras casas parisinas, nuestras maneras caen de bruces contra el suelo como groseras faltas de arte, de sabiduría y de comprensión. Todo lo que hacemos parece un contrasentido, un desafío a este país, no sólo a sus primeros habitantes sino a la tierra misma. [...]